

tierra, las líneas, cuadrados, contornos, terrenos nivelados, trincheras no resultan de la evolución social como un todo, sino de diferentes episodios culturales” (p. 508).

Y así como esta historia del pensamiento medioambiental de Glacken nos refiere al mundo de las ideas de los sabios, debo decir que es también, y por tanto, un mundo de las ideas masculino. Como era de esperar, no hay en las 700 páginas del texto ni una sola referencia a la mujer, ni a diferencias de género. Digamos en su defensa lo evidente: así como su historia ilustra el efecto acumulativo del pensamiento “sobre hombros de gigantes”, así también las carencias hoy notables se translucen de una literatura más reciente que ha necesitado de gigantes como Glacken.

Carmen LAMELA VIERA

Juan Manuel IRANZO, Rubén BLANCO et al. (Coord.): *Sociología de la Ciencia y la Tecnología*. Madrid. CSIC, 1995. Y S. WOOLGAR y B. LATOUR: *La vida en el laboratorio*. Madrid. Alianza ed. 1995

Nos encontramos en primer lugar ante una obra de compilación: la mayoría de los artículos recogidos en ella, o bien son trabajos inéditos, o bien no estaban hasta la fecha disponibles en versión castellana. Al lector desprevenido pudiera parecerle obvia, a la luz del título, la existencia de un “objeto” de estudio común, un referente analítico que delimitaría el ámbito de competencia de cierta disciplina o subdisciplina sociológica: el “objeto” Ciencia. Hay que descartar desde un principio esta idea sin embarazo ni concesiones, como paso previo para la clarificación de los contenidos distintivos de los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología (ESCT). Dicha presuposición entraría de lleno en uno de los frentes de batalla que desde sus inicios, en los años setenta, tiene por escenario a dicho campo.

Y ello es así porque, tras el concepto mismo de Ciencia, se oculta una de los paisajes más insospechadamente enmarañados de entre los que en las ciencias sociales pueblan su permanente búsqueda de anclajes epistemológicos. Circula un dicho apócrifo según el cual los bioquímicos hablan de quí-

mica con los biólogos y de biología con los químicos, pero cuando hablan entre ellos lo hacen de mujeres. Algo análogo pudiera decirse de los sociólogos de la Ciencia y la Tecnología, con un añadido: hablen con quien hablen, se les verá huir despavoridos en cuanto alguien cometa la inconcebible torpeza de pronunciar la pregunta proscrita: ¿pero..., qué es eso llamado “Ciencia”?.

Para decirlo de una vez: la naturaleza del objeto en cuestión -incluida la propia “objetividad” del mismo-, así como lo que lo caracterizaría sociológicamente -incluida la “legitimidad” de una tal perspectiva-, han sido, y siguen siendo en la actualidad, las dos cuestiones en torno a las que se vertebran y polemizan recíprocamente los contenidos de los ESCT. Procedamos a una breve revisión histórica de los avatares del campo desde su reciente aparición hasta la actualidad, que será, a su vez, un recorrido por los distintos textos que componen la obra que nos ocupa.

El punto de partida en la reflexión sociológica sobre la Ciencia son los trabajos de Robert K. Merton. Entre los años cincuenta y sesenta, desde la tradición funcionalista norteamericana en la que se encuadraba, su hegemonía impuso una determinada visión de la Ciencia como fenómeno social -esto es: como “objeto” sociológico-. Desde esta perspectiva, institucionalista y normativa, se caracterizaba a la Ciencia por el particular Ethos del que sus practicantes serían portadores: la Ciencia es lo que hacen unos individuos que se caracterizan por el compromiso con un conjunto de valores universales que les otorgan una especificidad como grupo social (Comunalismo, Universalismo, Desinterés y Escepticismo Organizado). Quedaban fuera de la competencia del sociólogo tanto el contenido mismo de la Ciencia, la sustancia cognitiva del Conocimiento Científico, como las formas sociales que el mismo pudiera adoptar, las prácticas y los discursos científicos.

Va a ser la crítica al programa mertoniano la que dará origen a los primeros trabajos que cabe encuadrar propiamente como ESCT. Encontramos en el volumen tres aportaciones que representan otros tantos momentos cruciales de dicha crítica: Mulkay, Barnes & Dolby, y Law & French son los autores que nos presentan, respectivamente: las bases filosóficas y sociológicas (desde Marx y Durkheim hasta Mannheim) que constreñían a la perspectiva mertoniana; la crítica del Ethos científico como referente explicativo; y los nuevos retos que se le planteaban a la Ciencia Social en las aportaciones de la obra de T.S. Khun *La estructura de las revoluciones científicas* (que fue el detonante del doble frente de crítica que se abrió contra la perspectiva tradicional: en el campo de la sociología la mencionada crítica al programa fun-

cionalista, y en el campo de la Filosofía de la Ciencia, contra el Positivismo hegemónico hasta entonces).

Dos autores, Bloor y Barnes, formularán la primera contrapropuesta: el llamado Programa Fuerte (PF) de la Sociología del Conocimiento. En torno a ellos pronto se configuró lo que sería el núcleo de la denominada Escuela de Edimburgo. De ambos se incluyen dos aportaciones que, junto con la de Collins, formulan explícitamente la incorporación de los contenidos cognitivos de la Ciencia al campo de la interpretación sociológica. Este último autor propone el estudio del Conocimiento Científico en cuanto que “artefacto cultural”, esto es, no ya socialmente contingente, histórico, contextualizado, sino, además, “arbitrario”, indeterminado en su producción y en sus líneas evolutivas.

Este proyecto crítico pretendía despojar al Conocimiento Científico del halo místico que laureaba su especificidad como modelo del conocer: concepción ex-nihilo producida en gran parte por los propios poseedores de la fórmula mágica de dicho saber privilegiado. La crítica iba dirigida hacia la Sociología del Conocimiento y la Antropología Cultural, haciendo notar que el estudio de los condicionantes e implicaciones socio-culturales de las representaciones colectivas dejaba de lado el “templo” del conocimiento científico asumiendo la premisa de su incondicionalidad. También apuntaba hacia la Filosofía de la Ciencia, pues, dedicándose a suministrar los fundamentos epistemológicos, excluía de toda discusión los contenidos mismos de aquello que fundamentaba.

Las posturas no tardaron en diversificarse: a los realistas, fundadores del PF, y a los relativistas (como Collins) se unieron los Constructivistas, quienes interpretaban el Conocimiento Científico como una práctica generadora de sentidos. La Ciencia sería un modo de hacer el mundo, una “construcción” ontológica y genética derivada de la actividad de los científicos en sus laboratorios.

Surgen a partir de ello los estudios etnográficos de las prácticas de laboratorio. En esta línea, se recogen las aportaciones de autores como Lynch y Garfinkel: la óptica etnometodológica que centra su interés en el estudio de la producción de orden mediante las prácticas rutinarias del laboratorio; Knorr-Cetina ó S. Woolgar, que señala el camino hacia el desarrollo ulterior del campo al apuntar como, paradójicamente, los etnógrafos que desmitifican las actividades de los científicos en el laboratorio, a la vez y por lo mismo, están mitificando la acción de los análisis-etnógrafos como conocedores privilegiados del discurso y la práctica científica.

Este desarrollo implícito en la crítica de Woolgar a los etnometodólogos constituirá el “Giro Reflexivista” (la SCC debe ser sometida al mismo tipo de análisis que ella aplica al estudio de la Ciencia). Como exponentes, Latour y Callon nos ofrecen dos estudios de caso que presentan a la Ciencia en tanto que actividad que desborda el contexto mismo del laboratorio en el que se ejecutan sus prácticas técnicas especializadas. Más aún, lo específico de la actividad científica sería su capacidad para extender las propias fronteras del laboratorio, mediante estrategias políticas y acumulación de intereses sociales originalmente dispersos. La Ciencia se despliega como una dinámica poblada de actores heterogéneos -personas, máquinas, instituciones, conceptos, teorías..., - que miden sus fuerzas relativas y generan alianzas y equilibrios inestables (la factualidad de los “hechos” científicos es en sí misma una cuestión controvertida). La propia SCC sería entonces un ámbito problematizable desde esta óptica: habría tenido, y tiene, que sortear obstáculos, negociaciones y contingencias análogos a los de cualquier otro producto científico.

Se recogen también aportaciones de autores españoles en el volumen. Por una parte, Olazarán y Bustamante, que reflexionan sobre las implicaciones sociales de la producción tecnológica. El primero nos propone las premisas básicas con las que poder sistematizar el estudio sociológico de las nuevas tecnologías de la información. El segundo indaga la incidencia actual -como tecnología de control y dominación en sí misma- de la metáfora del orden computacional.

A su vez, Iranzo y Torres nos desvelan, respectivamente, las concepciones políticas del poder implícitas en los trabajos de Barnes y Latour, así como las principales constricciones epistemológicas -las concepciones clásicas eran presa de una permanente dicotomización de las categorías analíticas- que hubieron de superar los nuevos enfoques.

Por último, el texto de Esteban Medina “La polémica internalismo/externalismo en la Historia y la Sociología de la Ciencia”, tiene el valor de momento inaugural para el campo de la SCC en nuestro país, y muestra la clarividencia con la que su autor supo descifrar las implicaciones que para el pensamiento sociológico entrañaba el entonces naciente campo de los ESCT.

Cierra el volumen un epílogo *comme il ne faut pas* (“Una conversación sobre quienes hablan de los que dicen qué es cierto y qué funciona...”), en el que al modo del diálogo socrático se comentan algunos de los referentes teóricos, metodológicos y conceptuales que configuran la topología temática actual de la producción de la SCC, así como las principales encrucijadas que

lo fragmentan internamente. Una posible estrategia de lectura, en este caso, sería comenzar por dónde los autores/compiladores concluyen, pues en dicha conclusión pueden ser rastreados muchos de los lugares posibles de desembarco en el texto mismo, facilitándole con ello el acceso al lector.

Como se ha señalado, una de las líneas de investigación que se ha abierto en el campo de los ESCT es la de los estudios etnográficos de las prácticas científicas: es precisamente el “Laboratory Life” de Latour-Woolgar el punto inicial de dicha trayectoria. Su reciente traducción al castellano nos permite, pues, acceder a un “clásico” de la disciplina, escrito a finales de los años setenta.

En esta obra, el lector asistirá a la construcción de un “hecho científico” narrada por un personaje figurado, el “antropólogo”, que a su vez construye un hecho objetivo con su narración: la actividad desplegada por un grupo de bioquímicos en un laboratorio, tratando de imponer a la comunidad científica una nueva verdad.

Todo se reducirá, según los autores, a la producción de textos (más precisamente inscripciones textuales) que, insertándose en un ciclo permanente de acreditación recíproca entre pares, terminan por ser aceptados como representantes fidedignos de la realidad. Un “hecho” es lo que han aceptado como tal, y sancionado textualmente, los miembros de la comunidad científica competente en la materia de que se trate. El proceso que desde una inicial disparidad de opiniones conduce al consenso en torno a una única versión, que finalmente será la que prevalezca, es una controversia, y en su cierre o estabilización los partidarios de los bandos en conflicto movilizarán todos los recursos a su disposición: triunfará el más fuerte, aquél que haya conseguido establecer las alianzas más sólidas.

A casi veinte años de distancia, la vida en el laboratorio sigue planteando interrogantes cuya vigencia no ha decaído: ¿es lícita la pretensión de un conocimiento del conocimiento científico?; ¿sería tal pretensión a su vez algo de naturaleza científica?; ¿no estaría autoinvalidándose un proyecto que pone en cuestión ese status privilegiado de la ciencia en tanto reivindica para sí cierto carácter de “cientificidad”?

A lo largo de los seis capítulos se desgranán estas cuestiones. Y sin embargo, el lector no dejará de advertir que en ningún momento se hace una afirmación taxativa al respecto. Es más, en numerosas ocasiones los autores se sirven del recurso a la ironía para eludir la respuesta. La virtud de la obra radica en las sugerencias a que puede dar pie; como texto inaugural goza de la libertad de lo tentativo y del atrevimiento de lo novedoso. Sin embargo,

es también un discurso cerrado. Las múltiples líneas que sondea terminan confluyendo en una clara conclusión: los textos, he ahí la realidad última de toda actividad científica. Y es que el principal defecto que se le puede achacar es el de una excesiva implicación en el proyecto de consolidación académica del campo en el que los autores se encuadran. Lo que les lleva a revestir a su obra de la “estética” de aquéllos a quienes están investigando, proyectando en la representación los mismos esquemas de los representado: *La vida en el laboratorio* es la construcción textual del hecho sociológico de la construcción textual de un hecho científico, y de ello los autores quieren hacer virtud, eludiendo -aunque ciertas argucias retóricas parezcan ir en sentido opuesto- enfrentarse abiertamente al problema que esta circularidad plantea.

En todo caso, la lectura del libro de Woolgar y Latour no dejará insatisfecho a quien desee comprobar como funcionan los engranajes habitualmente ocultos de “esa cosa llamada Ciencia”.

Miguel Ángel VÁZQUEZ

Antonio IZQUIERDO: *La inmigración inesperada. La población extranjera en España (1991-1995)*. Madrid. Ed. Trotta; 1996

La variada naturaleza de los movimientos migratorios es fiel reflejo de las específicas estructuras sociales que los gestan: su diferente dirección, composición y ritmo muestran una viva sensibilidad a la concreta historia de los pueblos. Así ha acaecido en España, que de país de emigración en el decenio de los años sesenta se ha convertido, como quien no hace la cosa, en país de inmigración -o poco menos- en el decenio de los años noventa. Casi de la noche a la mañana, se podría decir en términos históricos. Que, si algo ha caracterizado al reciente proceso de cambio de la sociedad española, ha sido su asombrosa celeridad: lo que en otros países adelantados se ha llevado todo un siglo, aquí se ha logrado en unos pocos lustros. Instituciones, valores, normas, mentalidades, empleos han experimentado tan hondas transformacio-